

ACTO SEGUNDO

Decorado igual al primera acto. Es la tarde de ese mismo día.

(En escena, Ricardo y Mariana. Ella sentada, abatida. El, dominador).

RICARDO.—Todo lo que me digas ahora, está demás. Eres una locuela que no merecerías que yo te perdonara. Si esta madrugada, en lugar de ponerte furiosa me hubieras escuchado, hubiéramos evitado estas complicaciones.

MARIANA.—Sí. Ya lo sé, pero estaba muy celosa, Ricardo. Te vienes a las 10 de la mañana. ¿Te parece bien eso?

RICARDO.—¿Volvemos ahora?

MARIANA.—Perdoname, Ricardo. No lo puedo remediar.

RICARDO.—Pero, Mariana. Si en vez de ponerte hecha una fiera, me hubieras oído, sabrías que anoche tuve un desagradable incidente, en fin... Y si no fuera por tu ridiculez de querer darme celos con ese pobre diablo, ya estaría todo arreglado.

MARIANA.—Pero Ricardo...

RICARDO.—¿Cuándo se va ese energúmeno de tu tío?

MARIANA.—Él dijo que esta noche.

RICARDO.—Porque ahora mi situación es de lo más rara y curiosa en mi casa. Para tus tíos, yo no soy tu marido. Soy un huésped. Y tu marido es ese pelagatos italiano.

MARIANA.—¡Yo le voy a decir a tío la verdad, Ricardo!

RICARDO.—¡Ni se te ocurra! Total es por unas horas y se acabó. Si ahora le vamos al viejo con explicaciones, va a armar un lío interminable. Dejaló no más que crea que tu marido es el gringo ese. Afortunadamente hoy regresan al campo, y todo terminará bien, y como dentro de un mes nos vamos a Europa, es posible que nunca más nos vea el viejo y su mujer. ¿Dónde andan, ahora?

MARIANA.—Salieron con Violeta.

RICARDO.—Che, ¿y tu marido ese? ¿Dónde está?

MARIANA.—Por ahí anda.

RICARDO.—Le he dado una robe de chambre mía para que tenga un poco de aspecto. ¡En valiente lío me has metido! ¿Qué le habrá dicho al oficial de policía?

MARIANA.—¿Me perdonas, Ricardo?

RICARDO.—Debería castigarte, pero en fin... (Se abrazan) dame un beso. (Caen abrazados en un sofá).

HERODES.—(Aparecen en el foro Herodes. Al verlos se queda helado. No sabe qué hacer. Al fin retrocede y desaparece. Desde adentro, dice con intención). ¿Se puede?

MARIANA.—(Separando de Ricardo). ¿Quién? Adelante. (Entra Herodes haciéndose el que nada ha visto).

HERODES.—¡Guéenas tardes. (Mira furioso a Ricardo).

MARIANA.—¡Tío! ¿Viene solo? ¿Y tía y Violeta?

HERODES.—(Sin quitar la vista a Ricardo que se pasea fumando). Se quedaron paseando, mirando las vidrieras y los trapos. Yo me vine porque me revienta tanto gentío por las calles.

RICARDO.—¿Ah, sí?